

Del miedo al encuentro: medio siglo de la pintura de Álvaro Marín Vieco

Daniel Grajales Tabares

Periodista cultural y crítico de arte. Escribo sobre arte hace quince años. Intento acercar las prácticas contemporáneas al público. Entre los personajes que he entrevistado están Beatriz González, David Manzur, Olga de Amaral, Fernando Botero, Óscar Muñoz, Julio Larraz, Luis Camnitzer y Óscar Murillo, grajalestabaresdaniel@gmail.com

El primer pintor abstracto de Antioquia mira al pasado, para recordar lo difícil que fue demostrar que su idea de una pintura sin figuración era relevante, en una Medellín que todavía le temía al arte moderno, hace medio siglo.

Hubo miedo, no lo niega. También hubo frustración en los primeros momentos. Hace silencio, lo piensa y después lo acepta.

Era la década de 1970 y Álvaro Marín Vieco (Medellín, 1945) comenzaba su carrera como artista. Heredero de la tradición de los Vieco músicos y escultores, había decidido que sería artista y, coherente con el cambio que los filósofos europeos que estudiaban las artes en ese entonces anticipaban, él quería ser el primero en pintar cuadros abstractos.

Y es que no era solamente tomar la decisión o decirlo, era ir en contra de una tradición antioqueña de acuarelistas que pintaban obras figurativas, al mismo tiempo comenzaba a sonar en el ámbito nacional un muchacho llamado Fernando Botero, trece años mayor que él, e insistente en que la figura humana seguiría siendo la protagonista en la pintura del siglo XX.

Álvaro recuerda que en la década de 1970, cuando comenzó a pintar, el paisaje y la acuarela dominaban el arte antioqueño y la idea de crear figuras geométricas al óleo, de hacer cuadros abstractos, no fue inicialmente bien recibida.

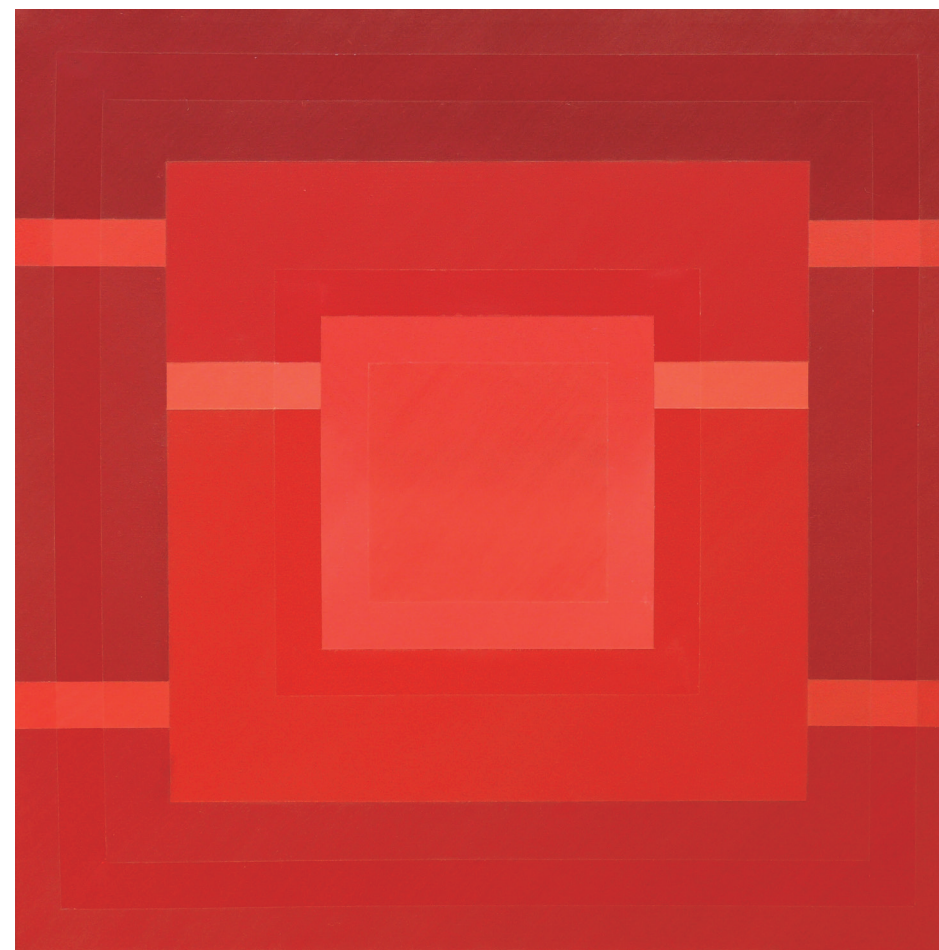
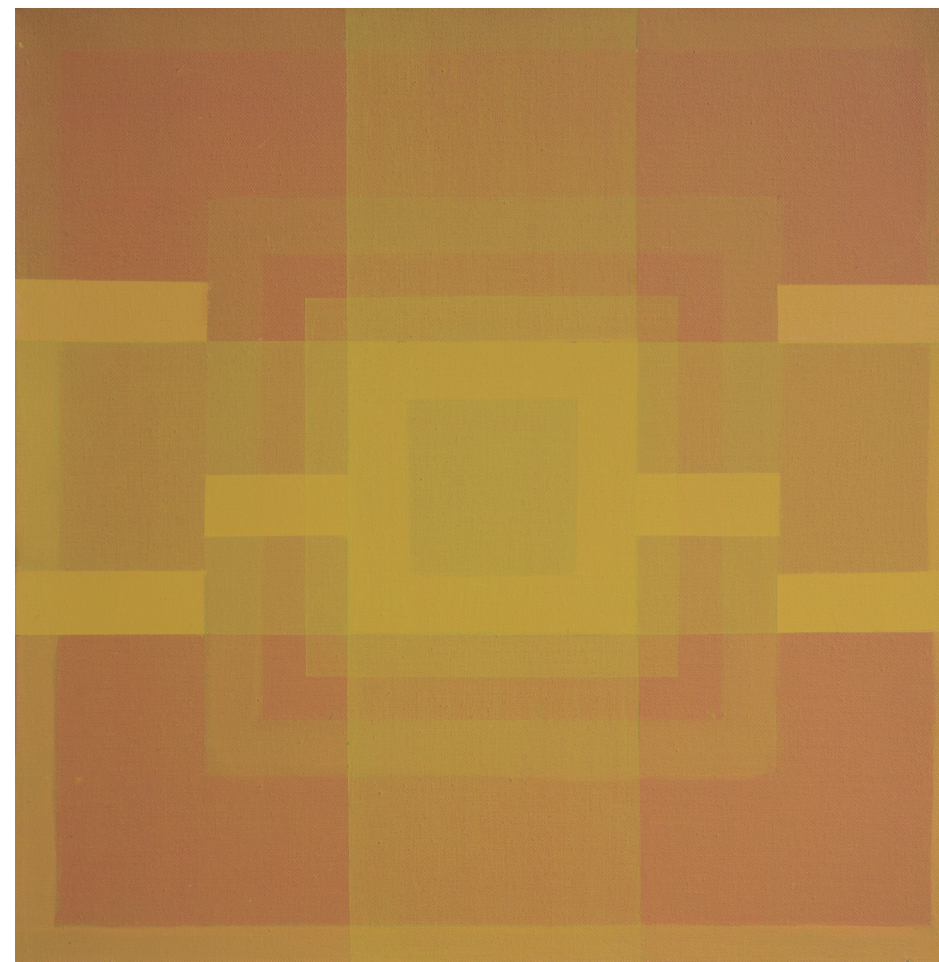
“En estas tierras montañosas fue muy difícil, inclusive en contra de mi familia, había mucha gente que decía: ‘pero usted debería pintar vacas’,

decían que no sabía pintar, que lo que hacía era simplemente pintar rayitas, imagínate, que era pintar rayitas... Es que ser artista plástico aquí siempre fue difícil, no era como simplemente decirlo. Si a Botero le dio dificultad, porque lo odiaban, muchos críticos también lo rechazaban, imagínate a un pintor abstracto, poco entendido entonces, a mí me dio mucha más dificultad”.

En su taller en la frontera entre Envigado y Medellín, donde sus perros no dejan de ladrar, mientras le da los toques finales a un cuadro de cinco metros por cinco metros, un cuadrado con otra figura igual dentro, de menor dimensión y color rosa, el primer pintor abstracto de Antioquia celebra medio siglo de carrera.

Quiere que la muerte llegue y lo agarre con brocha en mano, en su taller, y seguro le contará chistes, porque no para de hacerlos. No está resentido, más bien está agradecido, porque dice que de las dificultades vino el éxito, de la lucha surgió su reconocimiento.

Luego de una retrospectiva en el Museo Maja de Jericó, hace unos meses, el pintor reconoce que fueron los maestros modernos colombianos Carlos Rojas, Eduardo Ramírez Villamizar, Alejandro Obregón y Édgar Negret, quienes con sus innovaciones le demostraron que sí se podía cambiar la perspectiva y la línea, que vencería al acuarelismo y a la tradición de aquí, si se lo proponía. Además, ese grupo que vendía a altas sumas de dinero sus creaciones, le dio prueba de que se podía vivir bien del arte.



Reflexiona entonces: “no tengo grandes pretensiones. Ya logré hacer una obra, decir cosas, demostrarme a mí mismo que lo abstracto tiene que ver con la poesía, con la poética y con el mundo. Ahí, en ese cuadrado rojo que ves, está todo, está la guerra, está la sangre, pero también el amor; que yo quisiera que mi obra perdurara en este sentido: que un cuadro mío si alguien lo ve diga ‘ah, esto me da tranquilidad, me da paz, me da fuerza, no más”.

Su ritual para pintar

La creación artística para Marín Vieco está conectada con sensaciones y momentos. Puede tomarse todo el día para hacer un juego con sus colores, o a veces terminar sus cuadros en unas horas y luego retomarlos e intervenirlos, para crear unas “mejores piezas”. Si bien, es reconocido por sus pinturas de figuras geométricas en mediano y gran formato, ha hecho instalación, textiles, esculturas y ensamblajes como grabados en la mitad de vidrios en cajas de madera, donde sus formas al óleo son cuidadas por la dureza del vidrio.

“Para mí hay todo un juego con mis cuadros, así parezcan muy sencillos. Debo siempre saber por dónde comenzar, qué color va primero, cómo hacer las capas de colores, de qué manera voy a organizarlas, y así voy pasando horas, días, y a veces siento que no he terminado. En mis cuadros está desde un paisaje enorme, hasta la caída de una hoja, es cuestión de sentir, de percibir más allá”, detalla el creador, buen amigo de la bohemia, de la parranda y la risa, de los amigos, como Jorge Ortiz, Rodrigo Callejas y el que ya se fue; su curador, mayor crítico y guía, Alberto Sierra Maya, director de la Galería de la Oficina, quien muchas veces lo motivó a seguir.

Decía Sierra que Marín era una muestra de que el modernismo en Medellín no solo trajo las Bienales de Arte de Coltejer, sino que ya tenía aquí exponentes que desde la Academia se habían preguntado por ese quiebre mundial de las formas clásicas, de los retratos al óleo, de los paisajes, y buscaban ideas, conceptos, reflexiones distintas.

“Su lenguaje, inmutable y seguro, puede entenderse como la declaración de un pintor que no busca el artificio ni la sorpresa, sino profundizar en un paisaje interior que es el resultado de la renuncia deliberada de la anécdota”, puntualizó Sierra sobre su obra en 2014, en aquel patio azul

de la Galería de la Oficina, justo con una obra de tonos grises de Marín al fondo.

Formación y docencia

Marín se formó en Bellas Artes, en los sesenta y recibió el título como Arquitecto, en la Universidad Pontificia Bolivariana y se fue a Italia en esa misma década para tomar un curso de Grabado en el Studio Camnitzer. Después, casi a finales de los años setenta, comenzaría a decirse que había una generación de “modernos” en Medellín y así iniciaría a consolidar su trayectoria. Son cientos de exposiciones, quizás doscientas, entre individuales y colectivas, sumando también subastas, colecciones y la fundación del Museo de Arte Moderno de Medellín, que junto a esos mismos artistas, y con Sierra a la cabeza, donaron obras para crear un espacio para el modernismo en la ciudad, para que su impronta fuera resguardada.

Algunas décadas de su carrera las dedicó a la enseñanza, en su amada Universidad de Antioquia que, dice, lo acogió como a un hijo y que el pasado 2022 llevó a una de sus sedes rurales una de sus obras en gran formato, como homenaje.

“Eternamente joven”

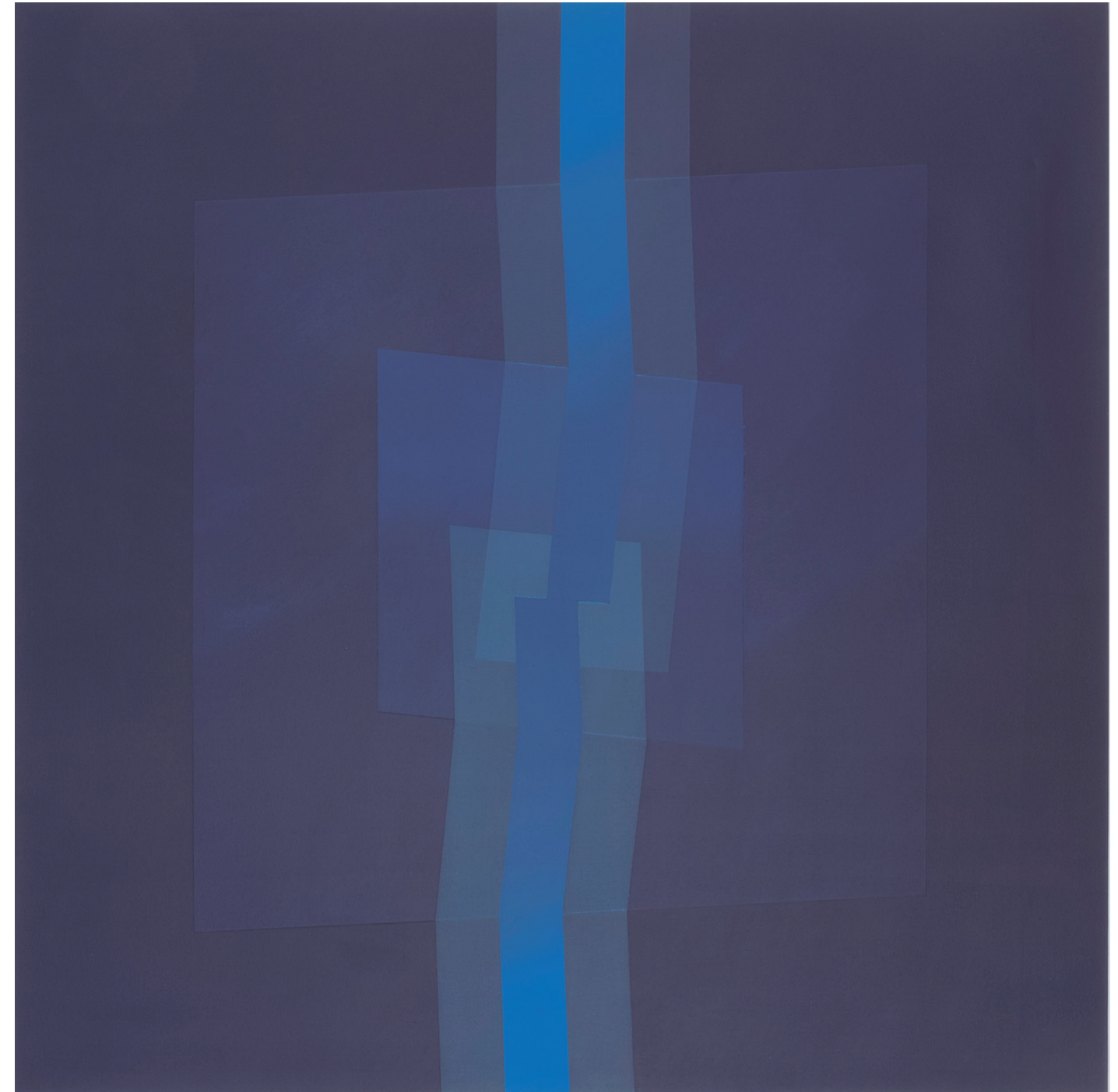
Las aulas lo motivaron a seguir pintando y los alumnos lo dejaron ser eternamente joven, como entre risas dice que será.

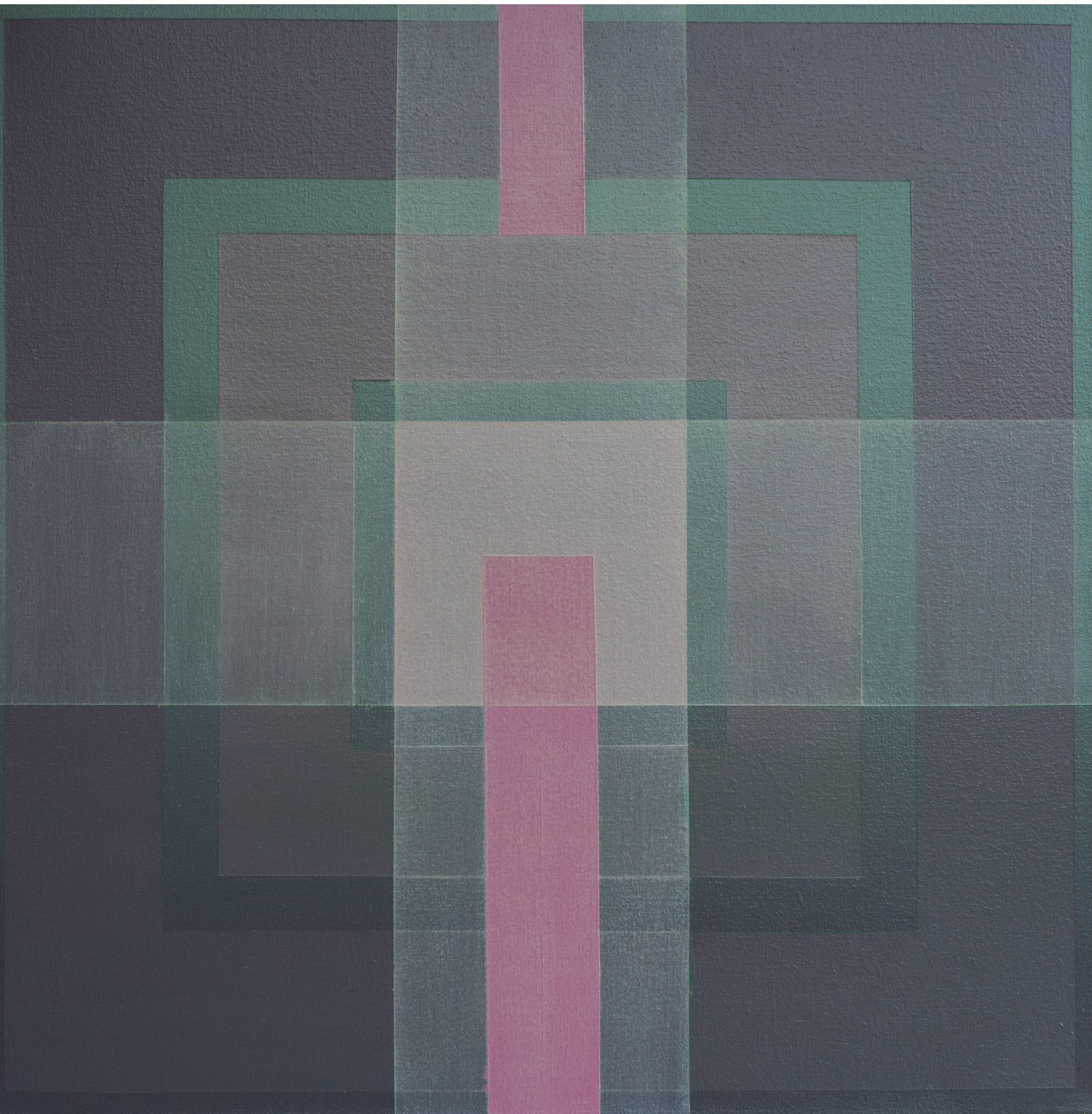
Es que el miedo a que lo señalaran de homosexual, de hereje, de la oveja negra de su familia culta y, según él, con muchas miradas tradicionales, no lo privaron de ese aire de Picasso Paisa que siempre lo caracterizó; con sus gafas grandes, con escotadas y tropicales camisas.

No le ha importado ser polémico, no le tiene miedo a derrotar el mito de “varón paisa” desde hace cincuenta años, cuando supo que impondría un estilo solo con amarrarse un pañuelo en el cuello o usar trajes coloridos, para él: “uno tiene que ser como quiere ser y disfrutar de la vida, de los placeres, pasarla bien. Sí, yo soy un artista polémico y nunca he tenido miedo a hablar, a llamar a las cosas por su nombre y también a dar de qué hablar”.

Marín se despide sonriendo cuando se le pregunta qué piensa sobre lo que algunos dicen: que se repite, que se ha repetido desde siempre.

Él solo remite a la poesía: “como si estar aquí, en este momento, con esta brisa fría, en este estudio de ventanales, fuera igual que ayer que hizo frío. Cada rojo, cada azul, cada verde y cada amarillo son diferentes, y este que ven aquí es muy diferente al que hace medio siglo estaba diciendo que sería pintor. Ahora lo soy”.





Angélica Teuta, Resiliencia Natural, Escultura Pública, 6 x 3 x 3 mts., Pieza única, 2019, Parques del río, Medellín, Fotografía Juan Cuadros @angelicateuta